

de la Sra. de Epinay, que era la Sra. de Jully, le confió al morir la llave de un escritorio en que se hallaban cartas de amor que debía destruir. Las quemó, pero habiendo desaparecido un documento de cierta deuda, la acusaron de haberlo comprendido hábilmente en aquel auto de fe. Habiendo transpirado en los salones algo de esta historia, Grimm protestó severamente contra una observación poco honrosa para la Sra. de Epinay, se batió por ella y ésta no pudo ya negarle nada<sup>1</sup>.

Son sus *Memorias* uno de los libros más agradables que nos ha dejado el siglo XVIII. Escritas con estilo fácil y vivo llevan el sello de la observación, de la penetración, del ingenio y de una encantadora sensibilidad. Las escenas están dirigidas con un arte lleno de naturalidad; son evocaciones vivas y expresivas de las costumbres y la sociedad de entonces. Las discusiones con el marido, con el amante, las disputas ó los consejos á los niños ó al preceptor, las teorías filosóficas metidas en todo, las pequeñeces y las tonterías de aquella sociedad ociosa y que charla con furor, los celos, las adoraciones, los odios, todos los sentimientos llevados al extremo y por poco tiempo, las lágrimas, los pesares, las mórbidas melancolías, las pequeñeces que adquieren importancia, las rivalidades, las conversaciones parisienses, la nada ruidosa de aquellos pobres corazones y de aquellas pobres cabezas, todo esto hace la lectura de sus *Memorias* edificante, agradable y útil.

Fué amiga inseparable de la Sra. de Houdetot (1730-1813).

Aunque sin gran hermosura, fué muy amada. En su retrato más auténtico, un dibujo al lápiz negro que pertenece á la familia de Crève-cœur, se presenta de perfil: el aspecto general carece de dulzura; la expresión es algo masculina y los rasgos están fuertemente marcados. Los cabellos están levantados sobre la frente que no es muy alta y caen por detrás en bucles sobre los hombros, sin raya, ni rizado ni peinado de ninguna clase, contribuyendo esto á dar á la cabeza un carácter masculino. La nariz es fuerte y algo acarnerada. En la quinta *Carta de la Montaña*, habla Rousseau de la mujer para quien escribió *El Emilio*. Dice de ella entre otras cosas:

« Es por su figura el ornamento de su sexo y por su talento una excepción. » Se discutía para saber de quién se trataba y, como alguien nombrase á la Sra. de Houdetot, escribía la Sra. de Verdelin: « La cosa se aplica muy bien á su talento, pero no á sus narices. »

Es preciso que el dibujante haya perfeccionado la naturaleza, pues el retrato no merece este ultraje. La barba está algo metida y tiene un

1. Es increíble el número de *Memorias* y *Correspondencias*, más ó menos literarias, que existen en Francia de aquella época tan superficial y ligera como brillante. Es una especie de capítulo de culpas en que cada uno se esmera en sacar á relucir los defectos físicos y morales y las flaquezas de todo género de sus vecinos. En España, fuera de algunos literatos como Forner, Iriarte, Samaniego, etc., que se tiraron muy lindamente y coram pópulo los trastos á la cabeza hay muy poco ó casi nada de estos chismorreos literarios. (N. del T.)

pliegue debajo del cuello, que llega hasta los labios. Cubre sus hombros un chal á lo Carlota Corday.

Prefería la condesa que la retratasen de perfil, no sólo porque tenía los rasgos bastante caracterizados, sino también porque era algo bizca.

No se observa sin embargo en su retrato la vivacidad que sería de esperar en los ojos de una mujer tan ingeniosa y alegre. La edad apagó las llamas que acaso se vuelven á encender en la conversación. Los labios están algo apretados y le dan un carácter serio. Á falta de la belleza física sus demás méritos han dejado á sus amigos un recuerdo imperecedero, el de lo que la Sra. de Epinay llama tan graciosamente « su linda alma ».

Isabel Sofía Francisca de la Live de Bellegarde, esposa del conde Houdetot, teniente general de los ejércitos del rey, nació en 1730 y murió en París el 28 de enero de 1813 á la edad de ochenta y tres años. El nombre que usaba generalmente era el de Isabel. Colardeau le dedicó unos versos el día de Santa Isabel. En la intimidad la llamaban Mimi. Rousseau escogió el nombre de Sofía para su uso particular y ella misma lo tomaba en los versos que escribía á sus hijos y en sus cartas (19 de noviembre de 1785). Era cuñada de la Sra. de Epinay y fué una de las mujeres más notables por las cualidades de su espíritu y de su corazón.

« Tenía por lo demás, dice Rousseau, un ingenio muy natural y muy agradable en el que se unían muy felizmente la alegría, el atolondramiento y la sencillez. Tenía ocurrencias encantadoras y que no le costaban ningún esfuerzo. »

Poseía varias habilidades agradables: tocaba el clavicordio, bailaba bien y escribía bonitos versos. Por lo que toca á su carácter era verdaderamente angélico; constituía su fondo la bondad de alma y, fuera de la prudencia y la fuerza, poseía todas las virtudes.

Pertenecía á la más brillante sociedad. Era muy rica, y Rousseau se lo echa en cara repetidas veces, hasta con indiscreción, en sus *Cartas á Sofía*.

« Una gran fortuna sin adversidades os ha debido endurecer el alma. Habéis conocido demasiado poco el sufrimiento para ser sensible al de los demás. Así es que os son desconocidas las dulzuras de la conmiseración. » Y más lejos: « No ignoráis que la misma fortuna no preserva siempre de las aflicciones. »

No correspondía á Rousseau erigirse en censor, pues aprovechó aquel lujo, que le albergó, le alimentó y le proporcionó las distracciones de una sociedad amable. Su amiga era muy mundana, música, aficionada á los placeres, reuniones, bailes y poesía. Cuando dejó de bailar escribió:

Me gusta aún el baile, que es un ejercicio que nos suministra alegría, pero no me siento ya con ánimo para buscarla en él.

Tenía todo cuanto podía hacerle falta para ser un ama de casa brillante, para animar su salón y ser, como se decía en el siglo xviii, « el alma del corrillo ». En el artículo que dió al *Journal des Débats*, pocos días después de su muerte, decía Suard<sup>1</sup>:

Tenía la Sr. de Houdetot un espíritu más ingenioso, un talento más natural y un gusto mejor ejercitado que la mayor parte de las mujeres que se han conquistado un nombre en las letras: hubiera obtenido fácilmente este género de gloria si lo hubiera ambicionado, pero estaba muy lejos de desear la celebridad que á pesar suyo adquirió.

Sus convidados conservaron el más grato recuerdo de sus recepciones, entre ellos Guizot, que fué recibido á los veintidós años en el salón de la Sra. de Houdetot y que escribía en 1841 en su Noticia acerca de la Sra. de Rennefort:

Los miércoles daba de comer la Sra. de Houdetot á cierto número de personas á las que invitaba una vez para siempre y que podían ir cuando querían. Se reunían generalmente ocho, diez, y á veces más. No se hacía ningún extraordinario, la comida era únicamente el medio y no el objeto de la reunión. Después de la comida, sentada junto á la lumbre, en su gran sillón, con la cabeza inclinada sobre el pecho, casi sin hablar y sin hacer el menor movimiento, la Sra. de Houdetot asistía por decirlo así á la conversación, sin dirigirla, sin excitarla, sin estorbar, sin parecer el ama de la casa, pero siempre amable y sencilla y manifestando el más vivo interés por todo cuanto se decía, por las discusiones literarias y las noticias de la sociedad, por el menor incidente y el menor chiste. Era una mezcla original y encantadora de vejez y de juventud, de tranquilidad y de movimiento.

Era ésta ya la condesa envejecida. La que tendríamos que imaginarnos es la hermosa y sonriente criatura que fué en los tiempos de su esplendor, tal como la conoció Rousseau, alegre, atolondrada, á propósito para divertir y seducir á sus amigos.

Era una amable sociedad la de sus amigos, gente galante é ingeniosa, cuyas reuniones eran cortes de gracia y delicadeza y como el punto de cita de los nombres más distinguidos: Rousseau, Grimm, Buffon, Florian, Diderot, La Rochefoucauld, Liancourt, Estissac, Breteuil, Rohan Chabot, Beauveau, Nécker, les académicos Delille, d'Alambert, Marmontel, Suard, Grimm, Rulhière, el mariscal de Beauveau, el

1. Suard siguiendo la costumbre y el ejemplo de otros literatos de su época, escribió unas *Misceláneas literarias*, muy interesantes para el estudio de las costumbres de su tiempo.

banquero Labordel, el propio hermano de la condesa, La Live de la Briche, el gran Franklin, la condesa de Damas, Saint-Lambert y la cuñada de la Sra. de Houdetot, la « gorda Sra. de Blainville » como la llama la Sra. de Epinay, « mujer de belleza pesada é insoportable », y la misma Sra. de Epinay, cuyo juicio y moderación introducían en las conversaciones una prudencia amable como lo prueba el tono de sus *Memorias*.

Vimos ayer al anciano secretario de la Academia francesa en casa del bueno de M...; es como si dijéramos el Tiempo en casa de la Eternidad. Había allí también una señorita; no he visto nunca á ninguna que mereciese tanto seguir siéndolo; por mi parte la creo intacta como el niño que acaba de nacer.

Veíase igualmente allí al delicado Duclos, — aquel Duclos cuya casa natal se puede ver aun hoy día en Dinan de Bretaña, á orillas del Rance y que en su lecho de muerte sostuvo el siguiente y chistoso diálogo con su párroco:

- ¿Cómo os llamáis, señor cura?
- Chapeau (sombbrero).
- Pues bien, vine al mundo sin calzones, y puedo muy bien salir de él sin sombrero.

Nos ha dejado Diderot algunas descripciones de dichas reuniones. Nos hace penetrar en el interior de aquellos castillos elegantes, presentándonos cuadritos íntimos y divertidos, verdaderas indiscreciones:

Á mediodía llegó el Sr. de Villeneuve. Estábamos en el magnífico salón junto á la ventana que daba al jardín. El señor Grimm se hacía retratar y la Sra. de Epinay se apoyaba sobre el espaldar de la silla de la persona que pintaba. Era encantador aquel perfil y no hay mujer que no sintiese deseos de ver si salía parecido. El Sr. de Saint-Lambert leía en un rincón el último folleto que le envié.

Yo jugaba al ajedrez con la Sra. de Houdetot. La vieja y excelente Sra. de Esclavelles tenía á todos sus pequeñuelos en torno suyo y conversaba con ellos y con su preceptor.

Es esta una ojeada echada al salón en el momento de la más plena intimidad. Eran allí las fiestas brillantes, pues á casa de la Sra. de Houdetot acudía lo más granado de la sociedad y ella misma se cuidaba de escoger. Por más que diga, al celebrarla, la Sra. de Epinay, que « estaba muy lejos de la intriga », sabía atraer á las celebridades á su casa y no se avergonzaba de dar los primeros pasos cuando estaba en juego su vanidad de ama de casa.

Desplegó toda su habilidad de diplomática para atraer á su lado á Diderot y lo consiguió.

Unía á su excesiva bondad un espíritu de los más positivos y de los más prácticos, no desdenando los intereses materiales, sabiendo lo que cuesta vivir y preocupada siempre por el lado material de la vida. Sabía que Rousseau no era rico y ponía en pagarle una regularidad y una exactitud que son verdadera caridad. Apunta todo cuanto gasta para su persona, y todo cuanto se le debe; despliega la mayor ingeniosidad para hacerle aceptar sus dones, sus retribuciones, sus restituciones ó sus limosnas, sin herir el amor propio tan susceptible de aquel oso al que ofendía cualquier liberalidad como un insulto hecho á su dignidad. El coste de los correos, los franqueos, las copias que le encarga, todo lo anota escrupulosamente y aquella contaduría severa da á veces cierto carácter comercial á su correspondencia amorosa. A través de las declaraciones y las protestas de ternura se deslizan observaciones de contador que revisa su inventario, y los billetes amorosos huelen á recibo, mientras que el amor presenta su factura<sup>1</sup>. Fué un alma y una inteligencia de primer orden y sólo pudo igualar la delicadeza de sus pensamientos á la de sus sentimientos. El elogio de Suard no tiene nada de sospechoso ni de excesivo.

«Igualmente apasionada por las bellezas de la naturaleza y las de las artes pasaba constantemente el verano en una casita de campo que había adornado sin lujo y únicamente según sus aficiones; rodeábase allí de flores y verdura y en su jardín se veían á cada paso los bustos de grandes hombres con inscripciones en verso compuestas por ella y en las que siempre se observaba el buen gusto más delicado. Las comedias y los proverbios, la música y una conversación ingeniosa y animada ofrecían una sucesión de entretenimientos variados á una reunión de personas escogidas entre lo mejor de todas las clases de la sociedad.»

Aquella de quien declaraba d'Alembert: «Hubiera debido ser nombrada académica»<sup>2</sup> amaba y practicaba las letras. A pesar de su detestable escritura, de la que ella misma se burla y que la obligaba á emplear á su secretario Girard, escribía mucho. «Ya sabéis, dice en una carta á Rousseau, cual es mi vida: la paso casi entera en escribir, y esta ocupación, que es mi único consuelo, me devuelve lo que me hace perder la separación.» Á los quince años había traducido el *Pastor Fido*. Tenía un espíritu muy cultivado y un gusto muy seguro.

Crevecœur, que la conocía mucho, nos lo asegura en sus *Recuerdos*.

<sup>1</sup> Véase acerca de este carácter interesado, que no es peculiar de la Sra. Houdetot, lo dicho por el autor, hablando de Malherbe, Chapelain, Voltaire, Fontenelle, etc., etc. (N. del T.)

<sup>2</sup> Es curioso, en una sociedad en que la mujer era el *Deus ex machina*, el rigor con que la Academia trataba á las damas que, durante muchos años ni aun fueron admitidas á las sesiones solemnes. La Academia española, más tolerante ó más galante, admitió en su seno en 1784 á la Srta. Isidra de Guzmán. (N. del T.)

«Tenía un perfecto conocimiento de su lengua, un juicio y sobre todo un gusto que á veces lindaba con la infalibilidad. Por eso la consultaban con frecuencia los autores jóvenes. Florian, el amable Florian, uno de sus amigos íntimos, no publicó una sola obra, una sola fábula sin someterla antes á la prudente y luminosa crítica de la Sra. de Houdetot, quien sin embargo estuvo siempre muy lejos de creerse sabia y no deseó nunca pasar por tal.» De todo entendía y hasta sabía discutir de política.

Se tenían en cuenta sus juicios y á veces los transcribe la Sra. de Epinay, como la siguiente apreciación de *la Ifigenia en Aulide*, de Guimond de La Touche: «La condesa acaba de llegar, nos ha hablado de una tragedia que ha tenido éxito; es de asunto griego y muy interesante; pero, según dice, aquellos griegos piensan y hablan á la francesa. Los versos son hermosos y recuerdan el gusto de Racine.» Entendía de versos y podía hablar de ellos, pues era ella misma buena poetisa, como nos lo afirma Diderot:

«La Sra de Houdetot, dice, hace versos muy bonitos. Me ha recitado algunos que me han causado mucho placer. Están llenos de sencillez y de delicadeza. Tenía una verdadera adoración por las personas bondadosas. En medio de las estatuas de grandes hombres que adornaban su parque de Sannois, había colocado la de Fenelón, con la siguiente inscripción cuyo énfasis no destruye la excelente intención: ¡Huye, malvado, que te ve Fenelon!» Pertenece á una familia en que son tradicionales la bondad y la beneficencia. Su nieto fué quien inventó, para la salvación de los marinos en peligro, el cañón portaamarras Houdetot que sigue empleándose aún.

Tuvo dos intrigas célebres, una duradera, con Saint-Lambert, y otra, apenas esbozada, con Rousseau.

Contaba entonces Saint-Lambert cuarenta años, era muy elegante y muy buscado en los salones y paseaba con orgullo por el mundo su reputación de soldado poeta (1716-1803). No había publicado aún por entonces su famoso poema de las *Estaciones*, que había de preceder y anunciar las *Geórgicas* de Delille y del que decía Boufflers: «Son como mirtos tan bien recortados que no hay una hoja que sobresalga.»

Este poeta rústico habla de la naturaleza sin conocerla y sin mirarla. Cuando va al campo se lleva á Montaigne y la *Pucelle* para entretenerse, en lugar de recorrer los campos.

Su concepción de la naturaleza cabe toda entera en su cuentecito, muy bien hecho por otra parte, titulado *Sara T.* en que la cortijera tiene libros de filosofía y esparce flores sobre la mesa y por el suelo para que se mezele su perfume con el de las viandas que sirven en la comida.

¡Cuánta más sinceridad, emoción y sentimiento encontramos en *Zineo*, admirable discurso en favor de la abolición de la esclavitud! Hay en él

páginas verdaderamente conmovedoras. Saint-Lambert tuvo sensibilidad á falta de ojos para contemplar el campo antes de pintarlo. Ha sido más feliz en la pintura de los sentimientos que en la de las *Estaciones*.

La Sra. du Deffand juzgaba severamente la obra y al hombre. Encontraba al poeta fastidioso y decía del autor :

« Ese Saint-Lambert es un espíritu frío, soso y falso; se cree lleno de ideas y es la esterilidad personificada. Á no ser por las cañas, los arroyos y los olmos, no le quedaría gran cosa que contarnos. »

La Sra. de Houdetot fué menos severa.

Fueron amigos hasta sus últimos días.

En cuanto á Rousseau, su vida fué la de un hombre que, viviendo junto á una hoguera, espera recoger algunas chispas de ella; pero se equivocó en sus esperanzas y su paso no dejó huellas en la constante unión del poeta de las *Estaciones*, que murió en 1803 á los 87 años y de la condesa, que se apagó en 1813 á los 83 años, viuda desde hacía siete años. Existía en efecto un marido, el conde de Houdetot que, según el uso del tiempo, hacía poco caso de las galanterías de Rousseau y de la asiduidad de Saint-Lambert. Hasta quizás les estuviese agradecido. Militar y hombre de negocios se sentía fuera de su puesto en el medio demasiado literario que había creado su mujer en torno suyo. No estaban de moda los matrimonios muy unidos, en aquella época en que un marido decía tiernamente á su mujer á quien no había visto desde hacía tiempo : — ¿Quieres tutearme? — Si, vete.

El tiempo, que disuelve á veces los matrimonios muy unidos en un principio, le reveló más tarde que hubiera podido amar á su esposa. Ya estaba ocupado el puesto y se resignó : hubo tres puestos en su hogar, en el que se reunían por las noches el marido, la mujer y el amante. Pero el amante era tan gruñón y el marido tan obsequioso que quien no los hubiera conocido, los tomara uno por otro.

En 1793 contaba la Sra. de Houdetot sesenta y cinco años. Tenía aún muy hermosos cabellos, y un día de revolución y de carestía, recorrió su marido todas las tiendas de París para encontrar polvos para los cabellos de su mujer. Desapareció en 1806 y la condesa envejeció junto á su caduco amigo.

En 1801 los señores de Houdetot celebraban el cincuentenario de su matrimonio en su casita de Sannois. Reuniéronse en una comida los amigos de la casa. Á los postres uno de los convidados entregó á la Sra. de Houdetot unos bonitos versos. La Sra. de Houdetot, después de haberlos celebrado mucho, se puso á leerlos con voz temblorosa. El Sr. de Saint-Lambert, muy turbado, se levantó y salió. La Sra. de Houdetot inquieta, le llamó y consiguió alcanzarle, apoyándose en su bastón, antes de que llegase á la escalera. Le gritaba :

— Sr. de Saint-Lambert; ¿qué tenéis? ¿Estáis enfermo?

— No señora, no estoy enfermo, dijo golpeando el suelo con su bastón; pero puesto que ya no estoy en estado de hacerle versos, no debierais aceptarlos de nadie.

Diciendo estas palabras, volvió la espalda á la infiel y no volvió á vérsela en toda la noche.

Estas disputas no podían disgustar á la muy enamorada condesa. Saint-Lambert le hizo el honor de mostrarse celoso aun retrospectivamente de aquel Rousseau que había contado su pasión en sus libros y cuyo recuerdo le parecía algo como un raptó póstumo.

Murió Sofía el 2 de enero de 1813. Saint John de Crevecoeur nos ha referido sus últimos momentos. Hacia el final de aquel día había parecido más cansada que enferma. Quejábase de una opresión que experimentaba en la garganta. Una hora después, habiendo reaparecido esta opresión, mandó llamar al Sr. de Somma Riva : « Le ruego que me perdone el trabajo que voy á causarle y la pena que le ha de causar una escena lúgubre, aunque instructiva, la muerte de vuestra amiga. Tengo hecho un testamento del que os ruego seáis albacea. Quiero que sea llevado mi corazón á Epinay, para ser depositado en la iglesia de la aldea, junto á la tumba de mi padre.... Diréis á mi nieto Federico cuánto siento no haberle podido ver antes de morir. Recomiendo mi memoria á su recuerdo y al vuestro ».

En el momento en que acababa de conversar con el Sr. de Somma Riva, le avisaron que el cura de la Magdalena, hombre cuya sabiduría y moderación eran conocidas, deseaba verla. « Que entre, dijo, le recibiré con gusto. ¡ Amigo mío, no salgáis de aquí ! »

Después de algunos instantes de conversación, que nadie oyó, pues su oído era aún perfecto, el Sr. cura le preguntó si consentía en recibir los únicos socorros de la Iglesia que podía administrarle en aquel momento tan apurado : la extremaunción. « Con mucho gusto, respondió ella : con mucho gusto. » Tan pronto como se concluyó esta ceremonia religiosa, en presencia de toda la familia reunida, el pastor se acercó á la chimenea y conversó durante un cuarto de hora con la vizcondesa de Houdetot y desapareció. Eran las diez de la noche. « Nuestra querida condesa, cuyas manos descansaban en las de su amigo, no experimentaba ningún dolor, conversaba dulcemente con él y de cuando en cuando dirigía algunas palabras á Girard... Todo cuanto dijo hasta cerca de las once, distintamente pronunciado, correctamente expresado, presentaba un carácter de dulzura, de tranquilidad y de sangre fría extremadamente conmovedor; hablaba aún, con voz perceptible, pero considerablemente debilitada, cuando, habiendo reclinado lentamente la cabeza en la almohada, pareció dormirse y, dos minutos después, exhaló

suavemente el último suspiro de su larga y bella existencia; no hubiera sido más tranquilo el sueño de un viajero cansado.»

¿No era aquel fin tranquilo el que mejor convenía á aquella mujer exquisita, que conquista aún nuestra simpatía al cabo de tantos años; que fué tan buena, tan superior en todo, tan delicadamente amable y que parece haberse querido pintar ella misma en la delicada definición que nos ha dejado de la mujer:

«Sin las mujeres, la vida del hombre carecería de asistencia en su principio, de placer en su mitad y de consuelo en el fin.»

Á los amables conversadores que hemos encontrado en los salones de estas damas debemos agregar el nombre de Suard (1732-1817), hombre ingenioso que fué á la vez filósofo, poeta y erudito. Habló acerca de todas las cuestiones de moda, con precisión y á veces con ingenio. Conversó brillantemente, escribió cartas encantadoras y se mantuvo al corriente de las literaturas extranjeras. Anglómano como el abate Prevost, redactó con él *El Diario extranjero* y fundó luego otra revista internacional: la *Gaceta literaria de Europa*. Tradujo y arregló los *Viajes* de Cook y la *Historia de Carlos Quinto* de Robertson. Tomó parte en la polémica entre Gluckistas y Piccinistas y se burló delicadamente de estos últimos en sus *Cartas del Anónimo de Vaugirard*<sup>1</sup>.

Hay otros salones que merecerían también un recuerdo. No he citado el Palais Royal cuyos honores hacía una amiga del duque de Orleans, la Sra. de Blot, ni los salones de la mariscal de Villars, de la mariscal de Luxemburgo, de la princesa de Talmont, de la marquesa de Livry, de la duquesa de Mirepoix, de la mariscal de Beauveau, de la condesa de Noisy, de la Sra. de Brienne, de la Sra. de Mazarin, de la princesa de Bouillon, que daba comidas de mujeres, y de la condesa de Sassenage, esposa célebre por la carta que escribió á su marido.

Añádanse á éstas otras casas muy brillantemente frecuentadas: las de la duquesa de Villeroy, de la duquesa de Choiseul, y de la duquesa de Brancas; de la condesa de Tessé, de la condesa de Valbelle, en Courbevoie, en donde se jugaba; las hermosas reuniones de la condesa de Custine, de la Sra. de Rochefort, «aquella gazmoña ingeniosa», que representaba comedias ante sus convidados, menos brillantemente que en casa de la Sra. de Montesson; las celebradas en casa de la duquesa

1. Suard fué secretario perpetuo de la Academia Francesa y más que por sus escritos es célebre por la anécdota que corre acerca de su persona. Dicen que el día de la ejecución de Luis XVI fué el único académico que asistió á la sesión y cobró las dietas de todos los demás. (N. del T.)

de Chaulnes « escapada de manos de la naturaleza cuando sólo existían aún el aire y el fuego », en casa de la Sra. de Sagonne, hija de Samuel Bernard, en casa del mismo Law, de la Sra. de Pléneuf, de la Sra. de Prie, de Grimod de la Reyniere, de la Sra. Trudaine, y en todos los círculos sociales, lo mismo en el de la nobleza que en el del dinero y el de la galantería.

Y ¿qué diremos del Temple! Hay en el museo de Versalles un cuadro de Olivier: *El Te á la inglesa en el salón de los Cuatro Espejos en el Temple*.

Allí se ve á toda la sociedad de los familiares del Temple, bajo la presidencia de los príncipes de Vendôme, del duque y del gran prior. Allí se encuentran el presidente Henault, Pont de Veyle, el caballero de Lorenzy, la mariscal de Mirepoix, la condesa de Egmont, Mozart, niño, y Jelyotte. Aquellas reuniones del viejo palacio del Temple fueron sobre todo brillantes hasta 1712 cuando asistían aún á ellas el duque de Vendôme, el gran prior Chaulieu, La Fare y Rousseau.

Voltaire asistió á ellas y dió bromas al gordo Courtin por sus enormes posaderas. El príncipe de Conti y la princesa de Boufflers les devolvieron su antiguo esplendor.

Allí se veía con frecuencia al caballero de Aydie, que fué el amigo de la linda circasiana comprada por Ferreol, embajador en Constantinopla y cuñado de la Tencin. (Léase el abate Prevost: *Historia de una griega moderna*.) Dicha persona, la señorita Aissé, convertida en una parisiense ha escrito numerosas cartas de estilo agradable y que son, en particular, las dirigidas á la Sra. Calandrini, interesantes crónicas de la época.

Se han podido llenar dos gruesos tomos en octavo (A. Dinaux, *Sociétés*) con sólo la nomenclatura de las sociedades literarias de aquel tiempo.

La Academia galante, en la que los miembros debían responder á preguntas galantes, referir historias galantes, y éstas debían tener cierto encanto cuando eran los que las referían Fontenelle ó Saint-Aulaire; la orden de la Avispa de Oro, sociedad literaria cuyas glorias fueron Voltaire y el Presidente Henault; se sorteaban las letras que indicaban la inicial del género que se exigía en el acto de cada cual; así por ejemplo la A significaba una apoteosis, la O una oda, la F una fábula, la P un paralelo.

En las comidas de la Sta. Quinault figuraba un tintero el centro de mesa. La Academia de Señoras y Caballeros<sup>1</sup>, la orden del Amable Comercio, la de la Felicidad y otras varias cuyo vocabulario dió origen á gran número de metáforas, y algunas de las cuales duran aún hoy día, demuestran sobradamente lo muy sociable que fué aquel siglo.

1. En Madrid existió por aquel tiempo, en el palacio de la condesa de Lemos, más tarde condesa de Sarriá, y dama de gran cultura, la Academia llamada del Buen Gusto, acerca de la cual da curiosas noticias el marqués de Valmar. (N. del T.)

El príncipe de Ligne (1735-1814), teniente de los ejércitos austriacos, enviado como embajador por los polacos á la zarina, general de artillería en el ejército ruso, nos pertenece por su obra literaria y el carácter de su espíritu. Nacido en Bruselas fué su patria Europa entera. Entró temprano al servicio de Austria, mandó los ejércitos del emperador y luego los de la zarina y como un *condottiere* del siglo xv guerreó toda su vida por afición al arte. Tan brillante cortesano como brillante estratégico, incomparable conversador, y adulator delicado, triunfó en la corte de Viena, de San Petersburgo, de París y de Versalles á donde regresaba entre dos campañas, y los franceses no podían menos de reconocer que aquel belga al servicio de Austria tenía tanto ingenio como ellos y de la misma clase. Le recibían y festejaban por todas partes. Llamábale el conde de Artois su mejor amigo, era invitado en casa de Voltaire y pasaba por el zaquizamí de la calle Plâtriére para visitar á Rousseau. Catalina II, á quien llamaba Catalina el Grande, le regaló un territorio en Crimea. Un día que viajaba por el mar Negro se le ocurrió ir á visitar sus Estados. Corre á ellos y se queda extasiado, encantado de poseer un país tan bonito. La belleza del paisaje, la vista de aquella « plateada orilla » en que se reflejaba la suavidad de las tardes de Oriente, le hicieron soñar un momento en las inconsecuencias de su carácter; se enterneció hasta llorar y, persuadido de que había equivocado la vocación, pensó en hacerse baja y vivir como epicúreo solitario en su maravillosa posesión. Pero aquella misma noche volvió á montar á caballo para regresar á la corte. Encontró entre medias tiempo para escribir más de treinta volúmenes, catorce de ellos de arte militar y los demás de novelas, de poesías, de correspondencias filosóficas y mundanas, de disertaciones acerca de los jardines, de cuentos inmorales, de recuerdos y de pensamientos. El olvido se ha llevado la mayor parte de esta obra considerable, pero quedan aún algunas páginas excelentes que merecen ser leídas. Algunas veces le ocurre repetirse y nos cuenta con demasiada frecuencia que está en excelentes términos con el gran Federico; que hace versos con Catalina de Rusia; que José II es casi su discípulo y que el conde de Artois está chiflado por él. Pero todo esto lo dice con estilo tan vivo y tan ingenioso que se le excusa. Tiene siempre alguna anécdota chistosa y como posdata algún relato horrible de sus guerras contra los turcos, que nos cuenta sonriendo, ó algún apólogo vivo y pintoresco por el estilo de los del abate Galiani.

Es conocida su fábula del *Conejo de La Fontaine*.

Estando un día en acecho y aburriéndose mortalmente, el príncipe de Ligne vió acercársele entre otros conejillos, un conejo viejo de pelo gris y ademán tranquilo. Después de haberle mirado durante un ratito y viendo que el cazador le apuntaba le dijo: « Tira pues, ¿ qué esperas? ».

Cuando se repuso el cazador de su legítimo asombro, continuó el conejo, (que se presentó á sí mismo con estas palabras « Soy un viejo de La Fontaine ») lamentándose de la decadencia del siglo y explicando su hastío de la existencia. « Ya no son éstos los animales de mi tiempo. Son conejitos perfumados, que buscan flores; son conejos filósofos, geómetras, ¿ qué sé yo? Otros no hablan más que alemán y otros un francés que yo no entiendo. » Entonces le contesta el cazador que los hombres también han cambiado desde La Fontaine, lo mismo que los conejos. Esto es menos que nada, pero es exquisito y encantador.

Era Grimm (1723-1807) alemán de nacimiento, pero lo mismo que el príncipe de Ligne se lo anexó Francia. Nadie se hubiera figurado que aquel crítico, tan excelente escritor, compusiera en otro tiempo para un teatro de Sajonia tragedias en alemán « ¿ En qué está pensando, preguntaba Voltaire, ese alemán que tiene más ingenio que nosotros? » Había sin embargo en su persona, en su lentitud, en su sencillez tímida, algo que recordaba la Alemania. « Sus gestos y su ademán, dice la Sra. de Epinay, anuncian la bondad, la modestia, la pereza, el embarazo... Le gusta la soledad... Es fácil ver que no es natural en él la afición á la sociedad. »

La suave gravedad de Grimm contrasta singularmente con las cualidades y los defectos del mundo que frecuenta. Al lado del abate Galiani, gesticulando siempre, al lado de Rousseau, siempre dando voces, y de Diderot enternecido, Grimm conserva inalterable su gran tranquilidad y no se conmueve casi nunca. Fuera de Rousseau quien, con su manía de la persecución, se separó de él ruidosamente, no tuvo ningún enemigo. La Sra. de Epinay, mal casada, difamada por Rousseau, vendida por Duclos y mal considerada por la sociedad parisiense, le recibió un día en la Chevrette y desde entonces no se separaron. Era como ella sentimental, nacido para amar y tenía una gran rectitud de espíritu. Su amor tan serio como una amistad fué respetado por todos y fué lo que la salvó.

Pertenece sobre todo Grimm á nuestra historia literaria por su « Correspondencia con las cortes del Norte ». En un siglo en que París pensaba y escribía en nombre de toda Europa, redactaba y enviaba á los príncipes extranjeros una especie de gaceta, una revista de los escritores y de los libros. Durante treinta y siete años compuso dos veces por mes dicha correspondencia que leían con el mayor interés Estanislao de Polonia, Catalina II y todos los príncipes alemanes. Era, según dice Sainte-Beuve, el « embajador del ingenio francés en el extranjero ». Pudo así juzgar desde su aparición y antes del fallo del público todas las obras que salieron á luz en medio siglo y lo hizo con una seguridad de gusto singular.

No le sorprendió la revolución. Era menos optimista que los filóso-